

**Carlos Antonio Aguirre, *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*, Bogotá, Ediciones Desde Abajo, octubre 2003, 159 págs.**

“Papá, explícame para qué sirve la historia’, pedía hace algunos años a su padre, que era historiador, un muchachito allegado mío. Quisiera poder decir que este libro es mi respuesta. Porque no alcanzo a imaginar mayor halago para un escritor que saber hablar por igual a los doctos y a los escolares. Pero reconozco que tal sencillez sólo es privilegio de unos cuantos elegidos”. Estas palabras con que el historiador francés Marc Bloch iniciaba su manuscrito *Apología de la historia o el oficio de historiador*, publicado hace ya más de 50 años con el título de *Introducción a la Historia*, pueden ser aplicadas, en toda su extensión, a la obra del historiador mexicano Carlos Antonio Aguirre, *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*.

Este nuevo libro del profesor Aguirre, resultado de una larga y fecunda trayectoria intelectual, com-

bina su quehacer como investigador, su infatigable labor docente, su trabajo de difusión de sus reflexiones en numerosas universidades de México, América Latina y Europa y sus continuos debates y combates en pro de una historia crítica; experiencias que le permiten dialogar —con la misma claridad y profundidad— tanto con un lector especializado como con un público más amplio.

Las contribuciones de Carlos Aguirre a los debates historiográficos contemporáneos son numerosas. Ha profundizado en el conocimiento de la evolución y desarrollo de la mal llamada Escuela de los Annales, una de las más importantes tendencias historiográficas desarrolladas durante el siglo XX. Ha indagado sobre los aportes de esta corriente en el contexto de la historiografía y las ciencias sociales francesas, así como su recepción en América Latina, sin limitarse únicamente a hacer un balance positivo de una historia que ya

transcurrió, sino realizando una evaluación crítica que alimenta el ejercicio prospectivo de la discusión en torno a la renovación historiográfica hoy. Fruto de este trabajo son, entre otros libros, *Los Annales y la historiografía francesa* y *La Escuela de los Annales: Ayer, hoy, mañana*.

Profundo conocedor de la obra de Fernand Braudel, ha sido autor de numerosos ensayos sobre el itinerario intelectual de este historiador francés, reconstruyendo episodios poco conocidos de su biografía, como su estancia en Brasil como miembro de la Misión Francesa y su contribución a la fundación de la Universidad de São Paulo. Todo ello como parte de una investigación de más largo alcance, que apunta hacia la elaboración de una biografía intelectual de Fernand Braudel y cuyos resultados están en los libros *Braudel a debate* y *Braudel y las ciencias sociales*. Otro tanto podría decirse de sus escritos en torno a la obra de Marc Bloch, que han contribuido a su difusión, no sólo en México sino en todo el continente, de uno de los pioneros de los Annales.

Pero las preocupaciones del profesor Aguirre no se agotan en su reflexión sobre las contribuciones de esta importante corriente historiográfica francesa; su interés por la historiografía del siglo XX le ha permitido incursionar en otras tendencias igualmente significativas, como

la microhistoria italiana de Carlo Ginzburg y Geovanni Levi, y la historia social inglesa de Edward Thompson.

Al mismo tiempo hay que destacar el interés del profesor Aguirre hacia los problemas de la teoría y la filosofía de la historia. Estos aportes se han plasmado en numerosos artículos y ensayos, entre otros: "¿Qué es la historia de las mentalidades. Auge y Declinación de un tema historiográfico?", "La biografía como género historiográfico", "Walter Benjamin y las lecciones de una historia vista a contrapelo", y "Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad".

Por otro lado, sobresale en el talante intelectual y humano del profesor Aguirre su incansable actividad dirigida a abrir espacios de debate en torno a la disciplina histórica y la difusión de la obra de los historiadores que más han aportado al desarrollo de la ciencia histórica. En este sentido, ha sido uno de los miembros fundadores de la Association Marc Bloch, con sede en Francia, y promotor y organizador de las Primeras Jornadas Braudelianas Internacionales, evento que aglutinó a historiadores y científicos sociales de Europa, América Latina y Norteamérica.

Consecuente con su visión de que la historia estudia tanto el "pasado" como el más reciente presente, el

profesor Aguirre ha asumido posturas analíticas y críticas frente a temas de candente actualidad, como el levantamiento zapatista en Chiapas, los atentados a las Torres Gemelas en los Estados Unidos y la reciente guerra en Irak, reflexiones éstas que han cristalizado en artículos como "Chiapas, América Latina y el sistema-mundo", que posteriormente fue incluido, con contribuciones de otros científicos sociales, en un libro más amplio publicado con el título: *Chiapas en perspectiva histórica*; en "América Latina después del 11 de septiembre" y, más recientemente, "Las lecciones de Irak", examina el contexto económico y geopolítico de la invasión a Irak y los grupos de interés que hoy gobiernan en los Estados Unidos.

El *Antimanual del mal historiador* es, pues, la síntesis de una obra madura y unitaria de un especialista de primera línea, que tiene en su haber un amplio y denso recorrido intelectual. Se trata de un texto que retoma una preocupación que Marc Bloch desarrolló y que no alcanzó a concluir, en su ya mencionada *Apología de la historia o el oficio de historiador*, proyecto en el cual trabajó hasta su detención y posterior asesinato por las fuerzas nazis de invasión.

El libro que aquí reseñamos, logra avanzar en varios de los ejes problemáticos que toda concepción histórica contemporánea posible está

obligada a plantearse: el objeto de la ciencia histórica; las relaciones pasado-presente; el problema de la objetividad y neutralidad históricas; la noción de tiempo histórico, la idea del progreso y el papel de la narración histórica, entre otros.

Ciertamente no es el primer esfuerzo en esta dirección, otros historiadores han ensayado reflexiones en tal sentido, recordemos por ejemplo: las conferencias dictadas por el historiador inglés Edward Carr entre enero y marzo de 1961 en la Universidad de Cambridge y publicadas en un libro titulado *¿Qué es la historia?*, donde se abordan el problema de los hechos, la sociedad y los individuos, el problema de la causalidad y la historia como progreso; en Francia Jacques Le Goff ha emprendido un ejercicio similar en su libro *Pensar la historia*, donde debate la historia como ciencia, el oficio del historiador, la historia hoy, las relaciones pasado y presente y la reflexión desde el progreso; lo mismo puede decirse del historiador alemán George Iggers, quien, en su libro *La ciencia histórica en el siglo XX*, se ocupa de los debates historiográficos de los últimos cinco lustros.

Más de cerca son conocidos por los estudiantes de historia de buena parte de América Latina, los manuales elaborados por el profesor Ciro Cardoso, *Los métodos de la historia* (realizado en coautoría con

Héctor Pérez Brignoli) y su posterior *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, publicado a finales de los setenta, donde se abordan los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social, y se tratan en detalle los problemas epistemológicos, teóricos y metodológicos generales de la historia, con observaciones prácticas acerca de cómo organizar y llevar a cabo una investigación histórica.

Esta rápida enumeración es una muestra de algunos esfuerzos dirigidos a exponer y difundir los conceptos, los métodos y los problemas de la disciplina histórica entre el público, el mundo académico y los historiadores mismos. Sin embargo, *el Antimanual del mal historiador*, si bien comparte algunos elementos comunes, reviste características que lo hacen sustancialmente diferente y, por lo mismo, lo convierten en una novedad bibliográfica.

Por un lado, empecemos por señalar que no se trata de un manual tradicional que se ocupa de introducir directamente a los lectores en los conceptos, métodos y temáticas de la historia, sino que, en contraste con éstos —y de allí su título— el *Antimanual* parte de una serie de antidefiniciones, antinociones y anticonceptos de lo que se debe entender por historia, de su objeto específico de estudio, de sus métodos principales y sus técnicas fun-

damentales, de sus objetivos, de sus resultados, sus modelos, teorías, categorías y problemáticas esenciales, tomando partido abiertamente por una historia más densa y más profunda, aunque también más difícil y compleja, una historia que se inscribe en las tradiciones del pensamiento social crítico: “atenta a la teoría, la filosofía y la metodología, a la vez que se reivindica como abierta y vasta en la definición de su objeto, sus fuentes, sus técnicas, sus modelos y sus paradigmas más esenciales” (p. 33).

Por otro lado, cabe destacar el acento que el *Antimanual* coloca en los debates historiográficos más contemporáneos y que aporta al lector una visión de conjunto en torno a las diferentes corrientes historiográficas del siglo XX. En este sentido, el *Antimanual del historiador*, ofrece un cuadro de los estudios históricos de la historiografía europea en el siglo que acaba de concluir. A través de sus páginas el autor nos ilustra —en permanente debate con la historia positivista— ese itinerario de la historiografía en los últimos cien años, que abarca desde los modelos de construcción histórica de la Escuela de los Annales hasta las propuestas de historia cultural de la microhistoria italiana y la llamada cuarta generación de los Annales, sin olvidar, desde luego, los modelos sobre el capitalismo de Fernand Braudel y la historia social inglesa. Esta mirada a la historiografía tiene

la virtud de que no se agota en los historiadores de profesión, sino que incluye los aportes de otros pensadores de las ciencias sociales, entre los que cabe mencionar aquí a Norbert Elias, Walter Benjamin e Immanuel Wallerstein. Todo lo cual redundará en un cuadro historiográfico de gran utilidad para los estudiantes que se forman en una disciplina que no deja de ampliarse, redefinirse y transformarse permanentemente.

En esta misma dirección, el *Antimanual* reivindica la actualidad del pensamiento de Marx, y lo destaca como una pieza fundamental en la construcción de una historia crítica. No extraña entonces que dedique un capítulo entero a reflexionar sobre los aportes de Marx, de quien afirma sentó “los fundamentos de la historia crítica, tal como ahora es posible concebirla, y tal como ella se ha ido desarrollando a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, ya que no existe duda [nos dice el autor] respecto al hecho de que, después de Marx y apoyándose en mayor o menor medida en el tipo de historia crítica y científica que él ha promovido y establecido, se han ido afirmando, a lo largo de todo el siglo XX y hasta hoy, distintas corrientes, autores y trabajos que, proclamándose abiertamente ‘marxistas’, han alimentado de manera considerable el acervo de los progresos y desarrollos de toda la historiografía del siglo XX” (p. 56). Eso sí, dejando en claro su radical distanciamiento

frente a las versiones manualescas de los marxismos vulgares que proliferaron en el siglo pasado, y advirtiendo que la crisis irreversible de los proyectos del ‘socialismo real’, en modo alguno ha significado el fin del discurso crítico y de la historiografía marxista.

Así mismo, el *Antimanual* ofrece un claro interés por repensar la historia, el oficio del historiador y la historiografía de una manera diferente a la hasta hoy dominante en los círculos académicos. Se trata así, de un trabajo sistemático de crítica permanente a las historias oficiales, de corte positivista, que toma distancia frente a una historia que ha ignorado a los indígenas, a las mujeres, a los campesinos, a los obreros y a las grandes masas populares en general y que ha centrado su atención en el estudio de la vida de los grandes héroes, surgidos de las élites y las clases dominantes. A esta forma de hacer historia, el profesor Aguirre contrapone una historia crítica no como un proyecto acabado sino en construcción, “una historia que se dedica permanentemente a descubrir, y luego a explorar y colonizar progresivamente los múltiples nuevos territorios que cada generación sucesiva de historiadores le aporta [...] renovando con cada nueva coyuntura histórica general los temas y campos de la investigación histórica, igual que los nuevos territorios, las técnicas, los procedimientos, los paradigmas metodológicos y los

modelos, conceptos y teorías que utiliza, aplica, construye e incorpora esa misma ciencia de la historia” (p. 88).

Pero esta postura crítica no se queda en un simple ejercicio de contemplación discursiva o vana erudición, sino que —y aquí está otro de los grandes méritos del libro— la acompaña una intención pedagógica, que busca promover en el lector una actitud no sólo de reflexión sino también de aprendizaje en el modo de abordar y pensar los hechos históricos. El *Antimanual* busca, así, abrir el espacio y contribuir a crear las condiciones para la formación de buenos historiadores críticos, presentando de modo accesible a un amplio público, un conjunto de ideas y propuestas, complejas y elaboradas, de lo que “debería ser y es en verdad la historia más actual y más de vanguardia. Pero no convirtiendo esas propuestas e ideas en tesis y nociones simples, sino más bien reformulándolas de una manera sencilla, que a la vez que mantiene su complejidad, las ilustra con ciertos ejemplos y las desmenuza con más detalle, retraduciéndolas a un lenguaje más cercano y asequible a ese amplio público” (p. 18).

Por eso el *Antimanual* conjuga una lectura amena, al mismo tiempo que científica y divulgativa, que confronta el lenguaje deliberadamente oscuro, la confusión de ideas, el mal uso de conceptos científicos y la hábil

manipulación de una rebuscada terminología tanto científica como no científica, que caracterizan las “imposturas intelectuales”, que encierran cada vez más a los intelectuales en debates estériles, aislados de los movimientos sociales que tienen lugar fuera de su torre de marfil, como bien lo han caracterizado los científicos norteamericanos Alan Sokal y Jean Bricmont (*Cfr. Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999, 226 págs.).

Otra característica peculiar del *Antimanual* reside en que intenta construir no sólo un nuevo tipo de saber histórico y de discurso historiográfico, que dé cuenta adecuadamente de las nuevas realidades de la historia real, sino aportar herramientas intelectuales necesarias para intervenir eficazmente en la construcción renovada de esa historia real. Se trata entonces de una historia comprometida con el presente.

Finalmente, pero no por ello menos importante, el *Antimanual* presenta un extenso y selecto anexo bibliográfico en diez páginas, de lo que constituye la bibliografía esencial y actualizada del buen historiador.

El libro consta de seis capítulos:

Los dos primeros capítulos están destinados a criticar una visión anacrónica y limitada de lo que es y debería ser la historia. En ellos la crítica adquiere una manera nove-

dosa: por un lado a través de las antidefiniciones y, por el otro, a través de lo que el autor denomina “los siete pecados capitales del mal historiador”.

Con relación al primer punto — las antidefiniciones — el autor parte de una definición negativa de lo que *no* es historia, esto es de la historia que no debe seguir haciéndose ni enseñándose. Esta lógica, que nos evoca el método socrático, permite a través de una antidefinición (lo que no es) identificar con más precisión los contornos de la historia tradicional y ayuda a despejar el camino para su superación y la puesta en práctica de otra historia, completamente diferente y nueva.

Estas antidefiniciones toman cuerpo en una serie de proposiciones que nos van dando el perfil de cómo se define y practica la historia tradicional, esto es, una historia que se ocupa exclusivamente de los hechos y situaciones del pasado y limita el oficio del historiador a la tarea del anticuario; una historia que se construye sólo en los archivos, que no trasciende los estrechos límites de lo local, nacional o regional; una historia encerrada en sí misma, con un sello marcadamente empirista y antiteórico, que reduce la historia a simples cronologías o recuentos sucesivos de gobernantes y batallas, y a un ejercicio puramente memorístico de fechas, lugares, datos, cifras y anécdotas. Una historia hecha des-

de arriba, convertida en un mecanismo de legitimación de las clases hegemónicas y los poderes existentes.

En un segundo capítulo, estas antidefiniciones vienen acompañadas de lo que el autor denomina metafóricamente “los siete (y más) pecados capitales del historiador” que es necesario superar para hacer posible otro tipo de historia, verdaderamente científica y crítica. Y así, por las vías del método dialéctico — esto es, mediante la negación de esa historia tradicional —, va emergiendo otra cara de la historia que reivindica tanto el pasado como el presente, superando la falsa y artificial dicotomía entre uno y otro; una historia que se construye no sólo en los archivos, sino también en la observación del presente y el pasado en sus múltiples y variadas manifestaciones; una historia que rompe totalmente con los marcos nacionales y disciplinarios que enmarcan el oficio tradicional del historiador; una historia que no ignora los problemas fundamentales de la filosofía, la teoría, la metodología y la historiografía. Una historia que, en contraposición a los enfoques positivistas, reivindica el trabajo de la interpretación y de la explicación histórica; una historia hecha “desde abajo” y que se pregunta acerca de los modos como han cambiado las formas de conflicto entre las clases, los hábitos y las cosmovisiones culturales; una historia que describe un tiempo social e

histórico múltiple y, a la vez, heterogéneo y variable; una historia científicamente objetiva, que asume sin conflictos los sesgos de su trabajo y de su resultado historiográfico.

En los capítulos siguientes el profesor Aguirre trata de mostrar que es posible construir una historia distinta y mejor, siguiendo las lecciones que nos legó el pensamiento histórico crítico en ese largo siglo XX (que el autor enmarca en los últimos ciento cincuenta años). Las páginas finales constituyen así un recorrido prospectivo por los aportes aún vigentes para el proceso más global de construcción de una historia genuinamente crítica, derivados tanto del marxismo en su versión originaria como de los Annales, durante su primer ciclo de vida, que cubre el periodo de los años 1929 a 1968, para concluir con las lecciones de la historiografía que dejan las tres últimas décadas transcurridas y que tienen como parteaguas el movimiento de 1968.

Quizás, desde una perspectiva más regional, uno pueda discutir con el autor la significación o no de esta fecha emblemática, en atención a procesos tan relevantes para la América Latina como lo fueron, en su momento, el triunfo de la primera revolución socialista en América Latina en 1959; la victoria, por las vías electorales, de la Unidad Popular en cabeza del socialista Salvador Allende en el Chile de 1970,

o el ascenso al poder de los sandinistas en 1979. Pero independientemente de que adelantemos, atrasemos o mantengamos el 68 como fecha referencial, igualmente válida para América Latina, es difícil no coincidir con el autor que por lo menos en el último cuarto de siglo: "La historia y la historiografía se han visto totalmente sacudidas y transformadas de raíz, renovándose una vez más y dando lugar tanto al nacimiento de nuevas corrientes historiográficas, con nuevos paradigmas, métodos y perspectivas sobre el oficio de historiador, como también la transformación profunda e igual renovación de algunas antiguas corrientes o tendencias historiográficas ya existentes" (p. 99).

Dan cuenta de estos cambios — como bien lo sustenta el profesor Aguirre —, por un lado, los más recientes desarrollos de la corriente francesa de los Annales, en especial lo que el autor denomina "la cuarta generación de Annales" y su nuevo modelo de una historia social de las prácticas culturales, asociado a la figura de Roger Chartier; Por otro lado, los desarrollos de la "historia marxista y socialista británica contemporáneas" en sus diversas tendencias y subgrupos. Y junto a ellas las contribuciones metodológicas de la corriente italiana de la microhistoria que postulan tanto la posibilidad del cambio de escala en que un problema histórico puede ser analizado y resuelto, como el llamado 'pa-



radigma indiciario teorizado' por Carlo Ginzburg; sin dejar de lado las aportaciones de sociólogos como Immanuel Wallerstein con su perspectiva del análisis del sistema mundo.

Recorridas las 159 páginas de esta edición del *Antimanual*, resultan claras algunas lecciones para el lector, el mundo académico y los historiadores mismos que infortunadamente desconocen buena parte de la producción histórica del profesor Aguirre, pero que podrán nutrirse ahora de los debates que el autor propone en este libro, para hacer frente a una historiografía nacional que se ha centrado en el pasado colonial o en el siglo XIX y que con algunas pocas excepciones ha abordado las problemáticas históricas

más actuales y contemporáneas del los siglos XX y XXI.

En un país sumido en una profunda crisis económica, política y social, donde se siguen criminalizando los movimientos sociales y las expresiones legítimas de protesta, la obra del profesor Aguirre aporta una profunda lección que los historiadores y científicos sociales debemos recoger, porque, como nos lo recuerda Marc Bloch: "la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente".

#### **Miguel Ángel Beltrán**

Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá.